

pero sus legados históricos, sin embargo, suelen ser de larga duración, y por lo tanto cabe preguntarse también si los actores y partidos políticos establecidos modifican su parecer (o no) como producto de la irrupción del populismo.

Cas Mudde (Athens, GA)
y Cristóbal Rovira Kaltwasser (Santiago de Chile)

10 de noviembre 2018

1. ¿Qué es el populismo?

El populismo es uno de los términos políticos más de moda del siglo XXI. Se utiliza para describir a presidentes de izquierda en América Latina, a nuevos partidos «desafiantes» (*challenger parties*) de derecha en Europa y a candidatos presidenciales de izquierda y de derecha en Estados Unidos. Pero, si bien el término posee un gran atractivo para periodistas y lectores, su uso generalizado también crea confusión y frustración. El objetivo de este libro es esclarecer el fenómeno del populismo y destacar su importancia en la política contemporánea.

Este libro ofrece una interpretación específica del populismo, que es ampliamente compartida pero está lejos de ser hegemónica. Su principal fortaleza es que ofrece una clara definición del populismo que es capaz de captar la esencia de la mayoría de las figuras políticas que suelen describirse como populistas, a la vez que distingue entre actores populistas y actores no populistas. Así,

responde a dos de las principales críticas del término; a saber, 1) que es esencialmente un *Kampfbegriff* (término de lucha) político para denunciar a contrincantes políticos; y 2) que es demasiado vago y, por lo tanto, es aplicable a cualquier figura política.

Nosotros situamos el populismo en primer lugar y sobre todo en el contexto de la democracia liberal. Esta decisión obedece más a criterios empíricos y teóricos que ideológicos. En teoría, el populismo se contraponen fundamentalmente a la democracia liberal y no a la democracia *per se* o a otro modelo de democracia. En la práctica, los actores populistas más relevantes se mueven dentro de un marco democrático liberal, o mejor dicho, de un sistema que *es* o *aspira a ser* democrático liberal. Aunque es un enfoque particular, y claramente limitador, no significa que la democracia liberal nos parezca perfecta, o cualquier otro sistema democrático alternativo –antidemocrático por definición–, ni que usemos dicho enfoque únicamente en un contexto democrático liberal.

Un concepto esencialmente controvertido

Si bien es cierto que cualquier concepto importante está sujeto a debate, el que hay en torno al populismo no solo se centra en qué es, sino también en su propia existencia. Estamos, sin lugar a dudas, ante un concepto esencialmente controvertido. El volumen seminal *Populismo: sus significados y características nacionales*, cuyos autores definen el populismo como una ideología, un movimiento y un «síndrome», entre otros términos, ilustra perfecta-

mente esta confusión conceptual. Para enredar más las cosas, en distintas regiones del mundo el populismo suele equipararse, y a menudo mezclarse, con fenómenos dispares; así, en el contexto europeo, el populismo suele identificarse con políticas antiinmigrantes y xenófobas, mientras que en América Latina se asocia frecuentemente al clientelismo y a la mala gestión económica.

Esta confusión se debe, en parte, a que el populismo es una etiqueta que raramente reivindican para sí los propios individuos u organizaciones; casi siempre se atribuye a otros, las más de las veces con connotaciones negativas. Incluso cuando existe un raro consenso en torno a ejemplos de populismo, como el presidente argentino Juan Domingo Perón o el asesinado político neerlandés Pim Fortuyn, sabemos que estos políticos tampoco se identificaban como populistas. Además, como el populismo no puede reclamar un texto fundacional o un modelo prototípico, investigadores y periodistas usan el término para señalar fenómenos muy diversos.

Nuestro enfoque, al que llamamos «ideacional», está siendo muy empleado en numerosas disciplinas académicas y, de manera más implícita, en buena parte del periodismo, pero no es sino uno más de los diversos enfoques que existen sobre el populismo. Un compendio exhaustivo de todos ellos escapa a las posibilidades, y al objeto, de esta introducción, pero es nuestro deseo hacer un repaso de las propuestas más importantes, que son las más habituales en determinadas disciplinas académicas o en distintas regiones geográficas.

El enfoque de la «agencia popular» sostiene que el populismo es una forma democrática de vida que se constru-

ye a través de la participación de la gente en la política. Este enfoque es especialmente común entre los historiadores de Estados Unidos y entre los estudiosos de los primeros populistas norteamericanos –adheridos al Partido Populista– de finales del siglo XIX. El enfoque de la «agencia popular», que acaso halla su mejor exponente en la obra de Lawrence Goodwyn *Democratic Promise: The Populist Moment in America*, considera el populismo esencialmente como una fuerza positiva para la movilización de la gente (común) y para el desarrollo de un modelo de democracia comunitaria. Este enfoque, a diferencia de casi todos los demás, ofrece una interpretación general y también acotada de los actores populistas, e incluye la casi totalidad de movimientos de masas progresistas.

El enfoque de Laclau sobre el populismo resulta especialmente vigente en filosofía política; es el soporte de los denominados «estudios críticos», así como de los estudios de las políticas de Europa occidental y América Latina. Según este enfoque –basado en los primeros trabajos del fallecido teórico político argentino Ernesto Laclau, así como en sus más recientes trabajos en colaboración con su esposa belga Chantal Mouffe–, el populismo no es solo la esencia de la política, sino también una fuerza emancipadora. En este enfoque la democracia liberal es el problema y la democracia radical, la solución. El populismo puede contribuir a lograr la democracia radical al reintroducir el conflicto en la política y fomentar la movilización de los sectores excluidos de la sociedad con el objeto de modificar el *statu quo*.

El enfoque socioeconómico fue muy usado en los estudios del populismo latinoamericano durante las décadas

de 1980 y 1990. Economistas como Rudiger Dornbusch y Jeffrey Sachs entendieron el populismo fundamentalmente como un tipo de política económica irresponsable, caracterizada por un primer período de gasto masivo financiado por la deuda externa, y seguido de un segundo período marcado por la hiperinflación y la adopción de duros ajustes económicos. Aunque el enfoque socioeconómico ha perdido apoyo en casi todas las otras ciencias sociales –en gran medida porque los últimos populistas latinoamericanos se inclinaron por economías neoliberales–, aun así sigue vigente entre economistas y periodistas, en particular en Estados Unidos. La «economía populista», en su forma más popular, apela a un programa político que se estima irresponsable porque implica una redistribución (excesiva) de la riqueza y el gasto público.

Un enfoque más reciente considera el populismo, antes que nada, como una estrategia política empleada por un tipo específico de líder que quiere gobernar amparándose en un apoyo directo y sin intermediarios de sus seguidores. Este enfoque es especialmente popular entre estudiantes de sociedades latinoamericanas y no occidentales. Enfatiza que el populismo implica la emergencia de una figura fuerte y carismática, que concentra el poder y mantiene una conexión directa con las masas. Visto desde esta perspectiva, el populismo no puede perdurar en el tiempo, puesto que, tarde o temprano, el líder morirá, y será inevitable que el proceso de su sustitución sea un proceso disputado.

Un último enfoque considera principalmente que el populismo es un estilo de política folclórica, cuyos líde-

res y partidos se emplean en movilizar a las masas. Este enfoque es muy popular en los estudios de comunicación (política) y en los medios de comunicación. Según esta interpretación, el populismo alude a una conducta política amateur y poco profesional que aspira a maximizar la atención mediática y el respaldo popular. Saltándose el código de la vestimenta y la corrección del lenguaje, los actores populistas pueden presentarse no solo como diferentes y novedosos, sino también como líderes audaces que están del lado del «pueblo» en oposición a «la élite».

Cada uno de estos enfoques presenta importantes virtudes, y varios aspectos son compatibles con nuestro enfoque ideacional. Por esta razón, no descartamos estos enfoques por disentir de ellos; más bien queremos aportar un enfoque claro y consistente a lo largo de este breve libro. Creemos que con ello se ayudará al lector a comprender mejor este complejísimo pero importante fenómeno, incluso a través de un prisma específico.

Un enfoque ideacional

El viejo debate sobre la esencia del populismo ha llevado a algunos investigadores a argumentar que el populismo no puede ser un concepto trascendente en las ciencias sociales, mientras que otros estiman que es un término principalmente normativo, que debería quedar relegado al ámbito de los medios de comunicación y de la política. La frustración es comprensible, pero el término «populismo» está demasiado presente en los debates en torno

a la política tanto de Europa como de América como para despacharlo sin más. Por otra parte, resulta factible crear una definición que capture con exactitud la esencia de todas las manifestaciones importantes, pasadas y presentes, del populismo, y que sea, al mismo tiempo, lo bastante precisa como para excluir aquellos fenómenos que no son claramente populistas.

En la última década, un creciente grupo de científicos sociales han definido el populismo principalmente sobre la base de un «enfoque ideacional», concibiéndolo como un discurso, una ideología o una cosmovisión. Aunque estamos lejos de garantizar un consenso, las definiciones ideacionales del populismo se han utilizado satisfactoriamente en todo el planeta, más notablemente en Europa occidental, pero también cada vez más en Europa del Este y América. La mayoría de los teóricos que suscriben el enfoque ideacional comparten los conceptos centrales de nuestra definición, aunque no necesariamente los conceptos periféricos o el mismo lenguaje.

Pese a la falta de consenso académico sobre los atributos definitorios del populismo, existe un acuerdo general sobre la inclusión de algún tipo de apelación al «pueblo» y una denuncia de «la élite» en todas las formas de populismo. En este sentido, afirmar que el populismo implica siempre una crítica del *establishment* y una adulación de la gente común no es muy discutible. Más concretamente, definimos el populismo como *una ideología delgada, que considera a la sociedad dividida básicamente en dos campos homogéneos y antagónicos, el «pueblo puro» frente a la «élite corrupta», y que sostiene que la política debe ser la expresión de la voluntad general (volonté générale) del pueblo.*

Definir el populismo como una «ideología delgada» ayuda a comprender la a menudo supuesta maleabilidad del concepto en cuestión. Una ideología es un corpus de ideas normativas sobre la naturaleza del hombre y la sociedad, así como de la organización y los propósitos de esta. Por decirlo sencillamente, es una visión de cómo es y debería ser el mundo. A diferencia de las ideologías «gruesas» o «plenas» —como el fascismo, el liberalismo y el socialismo, por ejemplo—, las ideologías delgadas como el populismo tienen una morfología restringida, que aparece necesariamente ligada a otras ideologías, y a veces incluso asimilada a ellas. De hecho, el populismo casi siempre aparece vinculado a otros elementos ideológicos que son cruciales para la promoción de proyectos políticos que atraen a un público más amplio. En consecuencia, el populismo no puede ofrecer por sí mismo respuestas complejas ni exhaustivas a las cuestiones políticas que generan las sociedades modernas.

Esto significa que el populismo puede adoptar múltiples formas, que dependen de la relación entre los conceptos centrales del populismo y otros conceptos, formando marcos interpretativos que atraerán más o menos a diferentes sociedades. Si se ve bajo esta luz, el populismo debe entenderse como una suerte de mapa mental gracias al cual los individuos analizan y comprenden la realidad política. El populismo no es tanto una tradición ideológica coherente como una serie de ideas que, en el mundo real, aparecen combinadas con ideologías muy distintas y a veces contradictorias.

El carácter delgado de la ideología populista es una de las razones que han llevado a algunos teóricos a sugerir

que el populismo debería concebirse como un fenómeno transitorio: o fracasa, o, si triunfa, se «trasciende» a sí mismo deviniendo algo mayor. La principal fluidez se encuentra en el hecho de que el populismo emplea inevitablemente conceptos de otras ideologías, que no solo son más complejas y estables, sino que también permiten la formación de «subtipos» de populismo. En otras palabras, aunque el populismo como tal puede ser relevante en momentos específicos, una serie de conceptos estrechamente vinculados con la morfología de la ideología populista son a la larga cuanto menos igual de importantes para la pervivencia de los actores populistas. Por lo tanto, el populismo raras veces existe en una forma pura. Más bien, aparece en combinación con otros conceptos, y logra sobrevivir gracias a ellos.

Una de las principales críticas a las definiciones ideacionales del populismo es que son demasiado generales y potencialmente pueden abarcar a todos los actores, movimientos y partidos políticos. Nosotros pensamos que los conceptos son útiles únicamente si no solo incluyen lo que debe ser definido, sino que también *excluyen* todo lo demás. En otras palabras, nuestra definición de populismo solo tiene sentido si existe algo que no sea populismo. Y existen como mínimo dos ideologías diametralmente opuestas al populismo: el elitismo y el pluralismo.

El elitismo comparte con el populismo la distinción monista y maniquea básica de la sociedad entre un «bien» homogéneo y un «mal» homogéneo, pero su idea de las virtudes de estos grupos es opuesta. Dicho sencillamente, los elitistas creen que «el pueblo» es peligroso,

deshonesto y vulgar, y que «la élite» es superior no solo moralmente, sino también cultural e intelectualmente. Los elitistas quieren que la política sea un asunto exclusivo o mayoritario de la élite, en el que la gente no tenga voz; o rechazan la democracia por completo (como en el caso de Francisco Franco o Augusto Pinochet) o apoyan un modelo de democracia limitada (como en el caso de José Ortega y Gasset o Joseph Schumpeter).

El pluralismo es exactamente contrario a la perspectiva dualista que proponen el populismo y el elitismo, sosteniendo, en cambio, que la sociedad se divide en una multitud de grupos sociales, solapados en parte, cuyas ideas e intereses varían, entendiéndose la diversidad más como una fortaleza que como una debilidad. Los pluralistas creen que una sociedad debería tener muchos centros de poder y que, gracias al compromiso y al consenso, la política debería reflejar los intereses y los valores de tantos grupos diferentes como sea posible. De este modo, la idea principal es que el poder se distribuya por toda la sociedad para evitar que grupos específicos —bien sean hombres, comunidades étnicas, cuadros económicos, intelectuales, militares o políticos, etcétera— adquieran la capacidad de imponer su voluntad sobre los demás.

De igual manera, es importante establecer la diferencia fundamental entre populismo y clientelismo, puesto que estos términos suelen mezclarse en la literatura (sobre todo en lo referente a las políticas latinoamericanas). El clientelismo se entiende mejor como un modo particular de *intercambio* entre grupos de electores y políticos, gracias al cual los votantes obtienen bienes (pagos directos

o acceso privilegiado a empleo, bienes y servicios, por ejemplo) a condición de que apoyen a un patrón o partido. No hay duda de que numerosos líderes populistas latinoamericanos han recurrido a conexiones clientelistas para ganar elecciones y afianzarse en el poder. Sin embargo, no han sido los únicos, y no hay razón para creer que el populismo tenga una marcada afinidad por el clientelismo. Mientras que el primero es, antes que nada, una ideología que distintos electores y actores políticos pueden compartir, el segundo es esencialmente una estrategia de la que líderes y partidos (de distintas ideologías) se valen para ganar y conseguir ejercer poder político.

La única similitud probable entre clientelismo y populismo es que ambos son ajenos a la distinción de izquierdas o de derechas. Ni el empleo de vínculos electorales clientelistas ni la adherencia a una política izquierdista o derechista son rasgos que definen el populismo. Dependiendo del contexto socioeconómico y sociopolítico en el que este aflore, podrá tomar distintas formas de organización y sostener diversos proyectos políticos. Esto significa que la naturaleza delgada del populismo le permite ser lo bastante maleable como para adoptar formas distintivas en diferentes lugares y épocas. A modo de ilustración, el populismo latinoamericano surgió principalmente en clave neoliberal en los años 1990 (Alberto Fujimori en Perú, por ejemplo), pero en una variante de izquierda radical en la década del 2000 (Hugo Chávez en Venezuela, por ejemplo).

Conceptos centrales

El populismo tiene tres conceptos centrales: el pueblo, la elite y la voluntad general.

El pueblo

Gran parte del debate en torno al concepto y al fenómeno del populismo se centra en la vaguedad del término «el pueblo». Casi todo el mundo está de acuerdo en que «el pueblo» es una construcción, que en el mejor de los casos alude a una interpretación (y simplificación) específica de la realidad. Varios investigadores han sostenido que esta vaguedad inutiliza el concepto, mientras que otros han buscado alternativas más específicas, como la de *heartland*¹. Sin embargo, Laclau ha sostenido con insistencia que precisamente el hecho de que «el pueblo» sea un «significante vacío» es lo que confiere tanta fuerza al populismo como ideología y fenómeno político: ya que el populismo tiene esa capacidad de definir al «pueblo» en un marco que resulta atractivo a diferentes electorados y articula sus demandas, puede generar una identidad común entre diferentes grupos y favorecer su apoyo a una causa común.

«El pueblo» es una construcción que permite una gran flexibilidad, pero casi siempre se utiliza en combinación

1. El concepto de *heartland* hace referencia a una interpretación mítica del pasado que describe a una comunidad imaginada de naturaleza apolítica y cohesionada, desde la cual los populistas dibujan su propia visión de un electorado unificado. Véase Paul Taggart (2000), *Populism*, Buckingham: Open University Press.

con estas tres definiciones: el pueblo como soberano, como la gente común y como la nación. En todos los casos, la distinción principal entre «el pueblo» y «la elite» se vincula con un elemento secundario: el poder político, el estatus socioeconómico y la nacionalidad, respectivamente. Teniendo en cuenta que prácticamente todas las manifestaciones del populismo incluyen alguna combinación de estos elementos secundarios, es raro encontrar casos en los que «el pueblo» solo se corresponda con una de las definiciones anteriores.

La noción de pueblo como soberano se basa en la moderna idea democrática que define «el pueblo» no solo como la fuente última del poder político, sino también como «los mandantes». Esta noción está estrechamente ligada a las revoluciones americana y francesa, las cuales, en las famosas palabras del presidente estadounidense Abraham Lincoln, establecieron «un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo». Sin embargo, la formación de un régimen democrático no implica que la brecha entre gobernados y gobernadores desaparezca por completo. En determinadas circunstancias, el pueblo soberano puede sentir que las elites en el poder no le representan (bien) y, acorde a ello, criticará al *establishment* político, o incluso se rebelará contra él. Esto podría sentar las bases de una lucha populista «para devolverle el gobierno al pueblo».

En otras palabras, la noción del «pueblo como soberano» es un tema frecuente en distintas tradiciones populistas, que funciona como recordatorio de que la fuente última del poder político en una democracia deriva de un cuerpo colectivo, que, de no tenerse en cuenta, po-

dría conducir a la movilización y la revuelta. De hecho, esta fue una de las fuerzas impulsoras del Partido del Pueblo (también llamado Partido Populista) a finales del siglo XIX, así como de otras manifestaciones populistas en Estados Unidos desde el siglo XX hasta hoy.

Una segunda definición es la idea de «la gente común», referida explícita o implícitamente a un concepto de clase más amplio que combina el estatus socioeconómico con tradiciones culturales y valores populares específicos. Hablar de la gente común suele aludir a una crítica de la cultura dominante, que observa con sospecha los juicios, los gustos y los valores de los ciudadanos corrientes. En contraste con esta visión elitista, la noción de «la gente común» reivindica la dignidad y el reconocimiento de grupos que objetiva o subjetivamente están siendo excluidos del poder debido a su estatus socio-cultural y socioeconómico. Esto explica que los líderes populistas y sus electorados adopten con frecuencia elementos culturales que la cultura dominante considera indicadores de inferioridad. Por ejemplo, Perón promulgó nuevas concepciones y representaciones de la comunidad política en Argentina que glorificaron el rol de grupos anteriormente marginados en general y de los llamados «descamisados» y «cabecitas negras» en particular.

Atender los intereses y las ideas de la gente común es uno de los reclamos más frecuentes que podemos detectar en distintas experiencias que suelen etiquetarse como populistas. Vale decir que esta definición del pueblo suele ser integradora a la vez que divisoria: no solo trata de unir a una furiosa y silenciosa mayoría, sino que también

intenta movilizarla contra un enemigo definido (el *establishment*, por ejemplo). Este ímpetu antielitista se acompaña de una crítica a instituciones como partidos políticos, grandes organizaciones y burocracias, que son acusadas de distorsionar los «sinceros» vínculos entre los líderes populistas y la gente común.

La tercera y última definición es la idea del pueblo como la nación. En este caso, el término «el pueblo» se usa para hacer referencia a la comunidad nacional, definida en términos cívicos o étnicos, como, por ejemplo, cuando hablamos del «pueblo de Brasil» o del «pueblo neerlandés». Esto implica la inclusión de todos los «nativos» de un país en particular, que en conjunto forman una comunidad con una vida en común. En ese sentido, varias comunidades de «pueblo» representan naciones específicas y únicas que son normalmente reforzadas por los mitos fundacionales. No obstante, definir los límites de la nación no tiene nada de sencillo. Equiparar «el pueblo» a la población de un Estado existente ha resultado ser una tarea complicada, en particular por la existencia de varios grupos étnicos en el mismo territorio.

La élite

A diferencia del «pueblo», pocos autores han teorizado sobre las definiciones de «la élite» en el populismo. Como es evidente, el aspecto crucial es la moralidad, puesto que la distinción se hace entre el pueblo «puro» y la élite «corrupta». Sin embargo, esto no dice mucho sobre *quién* es la élite. La mayoría de los populistas no solo detestan al *establishment* político, sino que también

críticas a la élite económica, la cultural y la mediática. Todas ellas son retratadas como un grupo homogéneo corrupto que actúa en contra de la «voluntad general» del pueblo. Si bien la distinción es esencialmente moral, la élite es identificada sobre la base de una amplia variedad de criterios.

Ante todo, la élite es definida sobre la base del poder; es decir, incluye a la mayoría de las personas con posiciones de liderazgo en la política, la economía, los medios de comunicación y las artes. Donald Trump, por ejemplo, dijo durante su campaña presidencial de 2016: «El *establishment* de Washington, y las corporaciones financieras y mediáticas que lo financiaron, existe solo por una razón: protegerse y enriquecerse».

Sin embargo, la élite señalada excluye, como es natural, a los propios populistas, así como a quienes simpatizan con los populistas dentro de estos sectores. Por ejemplo, el Partido de la Libertad de Austria (FPÖ) crítica con regularidad a «los medios» por defender a «la élite» y no tratar de manera justa al FPÖ, aunque con una notable excepción: *Die Kronen Zeitung*. Este popular tabloide, que lee prácticamente uno de cada cinco austriacos, fue durante mucho tiempo uno de los más fervientes defensores del partido y de su fallecido líder, Jörg Haider, y fue considerado, por lo tanto, la verdadera voz del pueblo.

Como uno de los principios fundamentales del populismo es oponerse al *establishment*, numerosos teóricos afirman que los populistas, por definición, no pueden mantenerse en el poder. Al fin y al cabo, esto les convertiría en (parte de) «la élite». Sin embargo, esta teoría pasa por alto la esencia de la distinción entre el pueblo y

la élite, que es moral y no situacional, así como la ingeniosidad de los líderes populistas. Desde el antiguo primer ministro eslovaco Vladimír Mečiar hasta el fallecido presidente venezolano Hugo Chávez, los populistas en el poder han sido capaces de sostener su retórica *anti-establishment* en parte redefiniendo a la élite.

Un elemento esencial de su argumento es que el poder *real* no reside en los líderes elegidos democráticamente —es decir, los populistas—, sino en ciertas fuerzas en la sombra que continúan aferrándose a poderes ilegítimos para socavar la voz del pueblo. Es aquí donde «el estilo paranoico en la política», como describió el populismo el célebre historiador progresista estadounidense Richard Hofstadter, sale más claramente a la luz.

En relación con las definiciones del pueblo antes descritas, la élite será definida en clave económica (clase) y nacional (auténtica). Si bien los populistas defienden un mundo posclasista —con frecuencia alegando que las divisiones de clase son creaciones artificiales para debilitar al pueblo y mantener a la élite en el poder—, a veces sí que definen a la élite en clave económica. Esto ocurre sobre todo con populistas de izquierda, que intentan mezclar el populismo con cierta forma vaga de socialismo. Sin embargo, incluso los populistas de derechas vinculan la lucha última entre el pueblo y la élite con el poder económico, alegando que la élite política está confabulada con la élite económica y antepone sus «intereses especiales» a los «intereses generales» del pueblo.

Esta crítica tampoco es necesariamente anticapitalista; por ejemplo, muchos militantes del Tea Party en Estados Unidos son defensores acérrimos del libre mercado,

pero creen que la gran empresa, con ayuda de sus amigos políticos en el Congreso, corrompe el libre mercado a través de una legislación protectora que elimina la competencia y ahoga a la pequeña empresa, considerada el verdadero motor del capitalismo y parte del «pueblo».

Vincular la elite al poder económico resulta especialmente útil para los populistas en el poder, ya que les permite «explicar» su falta de logros políticos: la elite —que puede haber perdido poder político pero continúa conservando poder económico— los sabotea. Esta argumentación solía oírse en la Europa oriental poscomunista, sobre todo durante la transición de los años 1990, y sigue siendo popular entre los presidentes populistas de izquierdas en América Latina. Por ejemplo, el presidente Chávez solía acusar a la elite económica de frustrar sus esfuerzos por «democratizar» Venezuela, mientras que el primer ministro griego Alexis Tsipras, líder de la populista Coalición de la Izquierda Radical (Syriza), acusó a «los lobbies y oligarcas en Grecia» de minar su gobierno. (Por otra parte, ninguna acusación carecía de fundamento).

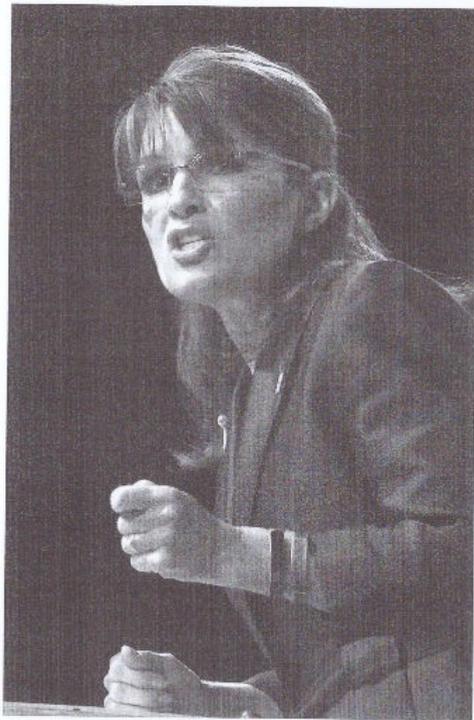
Los populistas también afirman con frecuencia que la elite no solo desoye los intereses de la gente, sino que además actúa en contra de los intereses del país. Dentro de la Unión Europea (UE) numerosos partidos populistas acusan a las elites políticas de anteponer los intereses de la Unión Europea a los del país. De forma similar, los populistas latinoamericanos llevan décadas acusando a las elites políticas de defender los intereses de Estados Unidos y no los de sus países. Y, combinando populismo con antisemitismo, algunos populistas creen

que las elites nacionales políticas son parte de la ancestral «conspiración judía», acusándolas de ser «agentes del sionismo». Por ejemplo, en Europa oriental y central, dirigentes políticos de partidos populistas de derechas como la Unión Nacional Ataque (Ataka) en Bulgaria y el Movimiento por una Hungría Mejor (Jobbik) han acusado a las elites nacionales de ser agentes al servicio de los intereses israelíes o judíos.

Por último, el populismo puede mezclarse completamente con el nacionalismo cuando la distinción entre el pueblo y la elite es moral a la vez que étnica. En este caso, las elites no son vistas solo como *agentes* de un poder ajeno, sino que son consideradas ajenas en sí mismas. Curiosamente, esta retórica no se impone tanto entre los populistas xenófobos europeos, dado que la elite (en cualquier sector) es casi exclusivamente «nativa». Dejando a un lado la retórica antisemita de Europa del Este, el populismo étnico (o «etnopopulismo») es más evidente en la América Latina contemporánea. Por ejemplo, el presidente boliviano Evo Morales ha hecho una distinción entre el pueblo «mestizo» puro y las elites europeas «corruptas», la cual tiene un papel directo en el equilibrio de poder racializado en Bolivia.

Si bien es cierto que la distinción clave en el populismo es moral, los actores populistas utilizan una variedad de criterios secundarios para distinguir entre el pueblo y la elite, lo cual les proporciona una flexibilidad que es particularmente importante cuando los populistas adquieren poder político.

Aunque tendría sentido que la definición de la elite se basara en los mismos criterios que la del pueblo, no



1. Sarah Palin cobró notoriedad tras su nombramiento como candidata a la vicepresidencia de Estados Unidos por el Partido Republicano en 2008. Aunque ha sido influyente en el movimiento populista Tea Party, este último no siempre ha mantenido una relación fluida con los republicanos.

1. ¿Qué es el populismo?

siempre es así. Por ejemplo, los populistas xenófobos en Europa suelen definir al pueblo en términos étnicos, excluyendo a los «extranjeros» (es decir, a los inmigrantes y a las minorías), pero no sostienen que la elite forma parte de otro grupo étnico; por el contrario, señalan que la elite favorece *los intereses* de los inmigrantes sobre los del pueblo nativo.

En muchos casos, los populistas combinarán diferentes interpretaciones de la elite y el pueblo, como la clase, la etnicidad y la moralidad. Por ejemplo, los populistas contemporáneos estadounidenses de derechas como Sarah Palin y el Tea Party describen a las elites como liberales que beben *café latte* y conducen Volvos, contrastando esta realidad, implícitamente, con la gente *real/común/nativa* que bebe café normal, conduce coches fabricados en Estados Unidos y viven en la América profunda (el *heartland*). Pauline Hanson, líder del partido populista de derechas Una Nación (ONP), contraponen el verdadero pueblo de la Australia rural, orgulloso de su legado colonial británico, con la elite intelectual urbana, que «quiere poner este país patas arriba devolviendo Australia a los aborígenes».

La voluntad general

El tercer y último concepto central de la ideología populista es la noción de voluntad general. Haciendo uso de esta noción, los actores y electorados populistas aluden a una concepción particular de lo político, que guarda estrecha relación con la obra del famoso filósofo Jean-Jacques Rousseau (1712-1778). Rousseau distinguió entre

«la voluntad general» (*volonté générale*) y «la voluntad de todos» (*volonté de tous*). Mientras la primera se refiere a la capacidad que el pueblo tiene de unirse en una comunidad y de legislar para reforzar su interés común, la segunda denota una simple suma de intereses particulares en un momento específico en el tiempo. La distinción monista y moral del populismo entre el pueblo puro y la elite corrupta refuerza la idea de que existe una voluntad general.

Si se ve bajo esta luz, la tarea de los políticos es bastante clara: en palabras de la teórica política británica Margaret Canovan,

deberían tener las suficientes luces para ver cuál es la voluntad general, y ser lo bastante carismáticos para formar a ciudadanos individuales en una comunidad cohesionada con la que se puede contar para promoverla.

Chávez brindó un excelente ejemplo de esta percepción populista de la voluntad general en su discurso inaugural de 2007:

Nada es tan conforme con las doctrinas populares como el consultar a la nación en masa sobre los puntos capitales en que se fundan los Estados, las leyes fundamentales y el Magistrado Supremo. Todos los particulares están sujetos al error o a la seducción; pero no así el pueblo, que posee en grado eminente la conciencia de su bien y la medida de su independencia. De este modo, su juicio es puro, su voluntad fuerte; y por consiguiente, nadie puede corromperlo, ni menos intimidarlo.

Al emplear la noción de la «voluntad general», muchos populistas comparten la crítica de Rousseau al gobierno representativo, que es entendido como una forma de poder aristocrático que trata a los ciudadanos como entidades pasivas, movilizadas periódicamente por unas elecciones en las que no hacen nada más que seleccionar a sus representantes. En contraste, apelan a la utopía del autogobierno republicano de Rousseau; es decir, la idea misma de que los ciudadanos son capaces tanto de hacer leyes como de ejecutarlas. No es sorprendente, más allá de las diferencias espacio-temporales, que los actores populistas apoyen habitualmente la adopción de mecanismos de democracia directa, como los referendos y los plebiscitos. A modo de ilustración, del expresidente de Perú Alberto Fujimori al actual presidente de Ecuador Rafael Correa, el populismo contemporáneo en América Latina propende a aprobar reformas constitucionales mediante asambleas constituyentes seguidas de referendos.

Podemos sostener, por lo tanto, que existe una afinidad electiva entre el populismo y la democracia directa, así como otros mecanismos institucionales que resultan útiles para cultivar una relación directa entre el líder populista y sus electores. Por decirlo de otro modo, una de las *consecuencias* prácticas del populismo es la promoción estratégica de las instituciones que permiten la construcción de la supuesta voluntad popular. De hecho, partidarios del populismo critican al *establishment* por su incapacidad y/o desinterés en tomar en cuenta la voluntad del pueblo. Y, con frecuencia, esta crítica no está exenta de razón. Por ejemplo, los partidos populistas de izquierda y derecha en Europa condenan la natu-

raleza elitista del proyecto de la Unión Europea, mientras que los populistas de izquierda contemporáneos en América Latina critican a la (antigua) elite por desoír los problemas «reales» de la gente.

Más que en un proceso racional construido a través de la esfera pública, la noción populista de la voluntad general se basa en el concepto del «sentido común». Esto significa que se enmarca en un sentido particular, que es útil tanto para agregar diferentes demandas como para identificar al enemigo común. Apelando a la voluntad general del pueblo, el populismo pone en práctica una lógica de articulación específica que permite la formación de un sujeto popular con una fuerte identidad («el pueblo»), que es capaz de cuestionar el *statu quo* («la élite»). Desde este ángulo, el populismo puede verse como una fuerza democratizadora, puesto que defiende el principio de soberanía popular con el objetivo de empoderar a grupos que no se sienten representados por el *establishment* político.

Pero el populismo también tiene un lado oscuro. Sea cual fuere su manifestación, el núcleo monista del populismo, y especialmente su noción de una «voluntad general», podría dar pie al respaldo de tendencias autoritarias. De hecho, los actores y los electores populistas suelen compartir una concepción de lo político que se acerca bastante a la desarrollada por el teórico político alemán Carl Schmitt (1888-1985). De acuerdo con él, la existencia de un pueblo homogéneo es esencial para la fundación de un orden democrático. En este sentido, la voluntad general se basa en la unidad del pueblo y en una clara demarcación de quienes no pertenecen al *demos* y,

por ende, no reciben un trato de iguales. En suma, como el populismo implica que la voluntad general no es solo transparente sino que también es absoluta, puede legitimar el autoritarismo y los ataques intolerantes contra cualquiera que (presuntamente) amenace la homogeneidad del pueblo.

Algunos comentaristas llegan a afirmar incluso que el populismo es esencialmente antipolítico porque los actores y los electores populistas buscan crear utopías antipolíticas en las cuales, supuestamente, no existe el disenso entre (o dentro de) «nosotros, el pueblo». Esto queda perfectamente reflejado en la noción de *heartland* de Paul Taggart: la idea populista de comunidad y territorio que retrata una identidad homogénea supuestamente auténtica e incorruptible.

Sin embargo, esto solo es parte de la imagen. Al clamar que se oponen a la «corrección política» y que rompen los «tabús» que la elite impone al pueblo, los populistas promueven la repolitización de ciertos temas, que intencionadamente o no, el *establishment* no atiende (adecuadamente), como la inmigración en Europa occidental o las políticas del llamado Consenso de Washington en América Latina.

Las ventajas del enfoque ideacional

Al adoptar el enfoque ideacional, hemos definido el populismo como una ideología delgada, que ha visto la luz no solo en diferentes momentos históricos y regiones del mundo, sino también en muy diferentes formas o «sub-

tipos». Aunque el populismo se ha conceptualizado por otras vías –como un movimiento multiclasiista o un tipo de movilización o estrategia política específicas–, el enfoque ideacional tiene varias ventajas en comparación con otras propuestas alternativas, que serán desarrolladas con más detalle en los siguientes capítulos.

En primer lugar, si concebimos el populismo como una ideología delgada, es posible comprender por qué el populismo es tan maleable en el mundo real. Debido a lo limitado de su núcleo ideológico y sus conceptos, el populismo aparece necesariamente vinculado a otros conceptos o familias ideológicas, que por lo general son como mínimo tan relevantes para los actores populistas como para el populismo en sí. En particular, los actores políticos han combinado el populismo con una variedad de ideologías delgadas y gruesas, como el agrarismo, el nacionalismo, el neoliberalismo y el socialismo.

En segundo lugar, contrariamente a las definiciones que limitan el populismo a un tipo específico de movilización y liderazgo, el enfoque ideacional puede dar cabida a un amplio elenco de actores políticos normalmente asociados con el fenómeno. Los actores populistas se han movilizado por vías muy distintas, ya sea a través de movimientos sociales vagamente organizados o de partidos políticos de férreas estructuras. Asimismo, al tiempo que prevalece cierto tipo de liderazgo, existen líderes populistas para todos los gustos. Pero todos tienen algo en común: una imagen esmeradamente elaborada de la *vox populi*.

En tercer lugar, el enfoque ideacional se encuentra en una posición privilegiada para ofrecer una respuesta más

completa y polifacética a la pregunta crucial en los debates sobre el populismo: ¿cuál es su relación con la democracia? La relación entre populismo y democracia no es tan directa como claman sus numerosos detractores o sus escasos protagonistas. La relación es compleja, puesto que el populismo es amigo y enemigo de la democracia (liberal), dependiendo de la fase del proceso de democratización.

En cuarto y último lugar, definir el populismo como una ideología nos permite tener en cuenta tanto el lado de la demanda como el lado de la oferta de la política populista. Si bien es cierto que la mayoría de los postulados se centran exclusivamente en la oferta populista –pues definen el populismo como un estilo o una estrategia de los que se vale la elite política–, nuestro enfoque nos permite considerar también la demanda populista; es decir, el apoyo a las ideas populistas a escala masiva. Esto nos ayuda a desarrollar un entendimiento más pleno de las causas de los episodios populistas así como de los costes y beneficios de las respuestas democráticas al populismo.